

EL ESPEJO DE TINTA •

JAVIER VAZQUEZ

Periodista
(Zaragoza, 1973)

Le gusta contar historias en la radio, en los libros y en el teatro. Dirige desde 2006 el programa Escúchate en Aragón Radio y siente esa pasión por Teruel que solo experimentan los que después de un largo viaje regresan a casa. Es el autor del serial radiofónico *Y si feura posible amar*, que actualiza la historia de los Amantes de Teruel, y de las obras de teatro *La última oportunidad*, *La víspera de Navidad* y *Un señor de traje gris*, representada en Rusia. Además, ha publicado los libros infantiles *Cuatro cuentos rusos* y *El escondite ultrasecreto*.

Una familia perfecta

Las obligaciones son las obligaciones y un prócer de la patria se debe a ellas. Don Aquilino Guillén y Loscos, nacido en el número 4 de la calle de Temprado y diputado en Cortes por Teruel, no podía permitirse sensiblerías y, menos aún, nostalgias familiares. Aquella mañana había recibido en el hotel carta de su esposa Manolita y, lejos de conmovérselo, había llegado incluso a irritarle por la ñoñería que destilaban esos parrafitos de perfecta caligrafía.

El diputado Guillén imaginaba a su señora pertrechada en la escribanía del salón de casa, trazando añoranzas y peticiones varias de precaución ante los peligros y vicios de la capital. Y mientras buscaba la inspiración entre el siguiente "te echo de menos" y un nuevo suspiro epistolar, la mujer perdía la mirada en el ventanal que daba a la plaza del mercado.

Hacia sólo unos meses que se habían instalado en aquella casa a la moda que era la envidia de la ciudad y un alarde arquitectónico, nada discreto, de los posibles pecuniarios del bueno de Aquilino y su perfecta familia. Y es que, ya que las obligaciones lo iban a retener tanto tiempo fuera de Teruel, se había preocupado, al menos, por dejar a su esposa y a su hija bien instaladas en el confort que permitía el progreso del recién estrenado siglo XX. Por si las comodidades del nuevo hogar les resultaban escasas, las dos mujeres recibían la ayuda en todo momento de la fiel Isidra, una muchacha un pelín atolondrada natural de Calasparrá, que nadie sabía cómo demonios había terminado en Teruel, pero que guisaba un arroz que era la envidia de cuantos tenían la suerte de haberlo probado.

Nada que ver con el engrudo que le habían servido a nuestro prohombre de la patria en el restaurante à la valencienne que le había sugerido un lechugino matritense, meritorio en el arte de la política y que frecuentaba el Congreso. Y en vista de la recomendación fallida, también con un estómago asilvestrado y un paladar de madera.

Comidas aparte, la obligación es la obligación. Así que el diputado Guillén y Loscos ayudó a su estómago con un cordial y abandonó la mesa dispuesto a defender los intereses de su provincia.

Habló de sus potencialidades, de sus gentes, de sus pastelerías, de sus amantes... Se presentó firme y persuasivo en su intervención, mientras miraba a un lado y a otro con ojos bri-



Isabel Felipe, Ecem Hatipoğlu, Elizabeth Joane Técnica: Serigrafía 29 x 42 cm. Grado en Bellas Artes. Campus de Teruel

llantes y entusiasmados, para no perder detalle de quienes formaban parte del entregado auditorio de la cámara. Una habitación que ocupaba discretamente, junto a cuatro meretrices con ínfulas de ilustradas, en el primer piso de una afamada

casa de tolerancia de la calle Arenal, a 600 metros escasos de la puerta del Congreso.

Cierto es que las cuatro diputadas del encaje y el salto de cama escuchaban a su prócer con un interés y una delicadeza que para sí los quisiera en el he-

miciclo. Y entre carantoñas, arrumacos y alguna mano bajando a la entropierna, las cuatro se afanaban en el esparcimiento de su Niño.

Ni si quiera Manolita, su santa esposa, se atrevía a llamarle así; que, aunque habían

celebrado ya las bodas de plata, hay confianzas que no pueden tomarse cuando una está casada con un diputado en Cortes. ¡Y menos si se trata de usar un diminutivo tan ridículo!

Aquilino, cariñoso, lo que se dice cariñoso, no lo había sido nunca. Al menos con su mujer. Y así se lo recordaba el retrato, con toda su barba y su cara de acelga, que colgaba de la pared principal del recibidor.

Y aunque Emerén Degrain era una habitual en la casa, no había día que no rezara por la bajinis un "Señor mío, Jesucristo" al cruzarse con la mirada torva del retrato.

Emerenciana Degrain, Emerén para los íntimos, presumía de ser la amiga del alma de doña Manolita de Guillén. Era viuda de un general de la guerra de África y, en ausencia del diputado, se había propuesto ser confidente y paño de lágrimas de su amiga. Juntas salían de paseo, juntas acudían miércoles y viernes al ropero de San Pedro y, los martes, al asilo de San Nicolás. Juntas se erigían en benefactoras de media ciudad y juntas despellejaban a la otra media mientras merendaban el chocolate con melindres que les preparaba Isidra.

La moza había salido a la abacería, mientras ellas apuraban los laminas antes de acudir al rezo del rosario en la catedral. Con la taza prácticamente limpia, y entregadas al tintineo de rebañar con deleite las últimas gotas, era ahora cuando a Manolita había empezado a pensarle la conciencia.

Igual deberíamos confesar-nos, Emerén. Esto ha de ser gula de bueno que está... Y merendar antes de ir a la iglesia, pues no sé yo.

¡Pero qué dices! ¿No ves que algo tan líquido y tan suave como el chocolate de Isidra no puede romper el ayuno? Si es como beber agua, Manolita. Y eso se puede.

Sí tú lo dices. Pero igual las pastitas...

Ay, mujer... Si son pecado, como mucho serán pecadillo ¡y venial! Vamos, que con tres avemarías ya está perdonado. Lo que sería un sacrilegio es no comerlas recién hechas y dejar que se estropeen. Con el hambre que hay en el mundo...

Mucho más tranquila, gracias a su amiga, la mujer del diputado se entregó con relajo a la charla mientras esperaban la hora del rosario. A pesar de verse todos los días, siempre tenían algo que contarse; preferentemente cualquier chisme, cierto o no, que llegara a sus oídos.

El más reciente hablaba de

Como era mujer pía y cumplidora, Manolita pasó por el confesionario antes de asistir al rezo del santo rosario

....

las misteriosas visitas a la ciudad de un personaje principal, del que nadie tenía certeza pero del que todos especulaban. Unos decían que era el mismísimo Alfonso XIII, que viajaba a Valencia para sofocar una sublevación inminente; otros que la Bella Otero, de incógnito en la ciudad, para verse a escondidas con el marqués de Torralba, amigo personal y hombre de confianza de su majestad y con un pisito muy discreto heredado de una tía abuela aragonesa en el corazón de Teruel. Claro que, por decir, había también quien aseguraba que el misterioso visitante no era otro que el confesor de la reina, que había venido a resolver in situ sus dudas sobre la conveniencia o no de mostrar a las gentes, en una urna de cristal, las momias de dos amantes en toda su impudicia.

Como era mujer pía y cumplidora, Manolita de Guillén y Loscos pasó por el confesionario de mosén Ramiro antes de asistir al rezo del santo rosario. Se arrepintió de dejarse llevar por las habladurías, de los melindres de la merienda, aunque no del chocolate, y de la envidia insana con que había admirado el vestido que se había encargado en Ferrán su amiga Emerén. Según el páter nada era cosa grave. Así que, con una salve y una par de padrenuestros, quedaba la cosa resuelta ante la gracia divina.

“Ruega por nosotros, santa madre de Dios...” –repetía Manolita, mientras pedía por su hija Aurora, que se había quedado en casa indispueta por culpa de una jaqueca horrible que llevaba semanas importunándola.

Solía aparecer a media tarde, cuando Emerén acudía a buscar a su amiga para acompañarla al rezo del rosario en la catedral. Y aunque Aurora preparaba to-

dos los días con interés la mantilla, las cuentas y el misal, con la esperanza de unírseles en el rezo, no había tarde que no lo frustrara la dichosa migraña.

Casualmente, a la misma hora cada día, la fiel Isidra aprovechaba para salir a sus mandados y, a la que iba de camino a la abacería, cruzaba la plaza y se encontraba en el portal de enfrente con un caballero embozado y de porte distinguido que, sin mediar palabra, depositaba discretamente en su mano un duro de plata.

El negocio se le acabó a la moza el mismo día en que su señora recuperó la salud y se fueron las jaquecas. El mismo día en que el Diario de Teruel resolvía aquel misterio que llevaba semanas picando la curiosidad de la gente. Firmaba la noticia un tal Dionisio Zarzoso y aseguraba que “personas que no sería conveniente referir, pero muy cercanas a la Casa Real, le habían informado de buena ley de la presencia en la ciudad de Su Majestad el Rey Alfonso XIII. El monarca –continuábase encuentra de incógnito en Teruel visitando a su buen amigo, el marqués de Torralba, de hondos raíces familiares turolenses, y que está ejerciendo magistralmente de anfitrión, brindándole a Su Majestad cuantos placeres puede ofrecer la provincia”.

A 300 kilómetros de su hogar, don Aquilino Guillén y Loscos, intachable diputado en Cortes por Teruel, felizmente casado y padre de una joven bella y virtuosa, presumía de la insigne visita a su ciudad ante los compañeros del Congreso. Y también, ante las acompañantes habituales en el burdel de la calle del Arenal.

Entre tanto, en Teruel, su mujer y su hija saludaban a Emerén Degrain a la puerta de la catedral de Santa María de Mediavilla. Las tres cubrían su cabeza con encajes negros de Chantilly, las tres llevaban un misalito negro y un rosario de perlas colgando de la mano, y las tres acudían piadosas al rezo de la tarde. Las tres encadenaron autómatas su retahíla de padrenuestros y de avemarías. Pero una, sólo una suspiró al recordar cuán “reales” y “gozosos” pueden ser algunos misterios a la hora del rosario.

SEBASTIAN WEHLER



Exiliado de Troya, fui excomulgado por el Papa Luna, y premiado por Baltasar Gracián con la obra Las rosas también lloran. Actualmente resido en el Imperio del Verso junto a Lorca; estoy debajo de un cedro esperando vivir la muerte para poder contarlo. Para todo lo demás, visitad el Blog de *El Arte de la Verdad*.

66° 33' 46''

Igual os sorprenden algunas cosas, o simplemente os parecen incoherentes. Nada más lejos de la realidad. O tal vez sea eso. Lo cierto es que me acabo de despertar leyendo el libro que aquí nos ocupa, Siempre nos quedará la Antártida. Sí, sí; yo siempre leo dormido, para evitar perderme detalles...

Y es que es con los ojos cerrados cuando comprendo que así se observa, se lee y se vive más fácilmente: el día, la 'vida REM', es más dura; es en la noche, cuando recuerdas y descansas, o eres un futbolista sin sudor alguno, o encuentras el destino "casual" entre la tortuga Harriet y Muskilda, o entre la Paz de Lennon y tu nacimiento, como aquí sucede:

Como un torrente de hielo líquido; como sabrosa lidocaína (o espiritual Novocaina); como un aullido entre los dedos; como todo ello, he recibido la nota que me ha dejado escrita en el cabecero de mi escritorio, "¡Despierta, es de noche!".

Así he descubierto a Lady Ornat (para nada despectivo), entre los retales de sus sueños, presentes en la magnífica edición de Anorak: desde el principio del libro (la contraportada), donde me dan la bienvenida a su mundo personal, hasta la última hoja, que continúa dirigiendo al lector en un viaje de obligatorio cumplimiento:

Ahí estaba, sobre una tumbona, cuando llegué a su casa. Desperté a Lady Ornat, y sin dejarme que le pidiera perdón por ello, me contó que estaba viviendo el mejor sueño hasta ese momento, y que había decidido cambiar y buscarse... Cambiar y buscarse... Llamé a Borges para que le ayudara a hacer el equipaje, porque solo él podía evitar que se le olvidara algo. Bajó del decimonoveno piso, de su edificio de diez plantas, y en la calle emprendió el viaje a ninguna parte.

¡Qué agradecido le estoy por permitirme acompañar a su nítido viaje! Seguía al abuelo propopunk, admirando su fortaleza; golpeando y mordiendo, como Perico Tyson le enseñara, a cualquier oposición que se le enfrentara en aquella larga travesía: llegó a ver a Buñuel en el Primavera Sound; escuchó a los Beatles, mientras esperaba en un valle para hacerse un selfie con Beckett... Todo ello hasta tomar la Antártida, donde se sentó a descansar: se colocó en su tumbona, puso una película, y se quedó dormido...



Portada de

Es de noche. Suena el despertador, y Lady Ornat, onanista onírico, piensa en cambiar y buscarse. Círculo (polar) cerrado... En el último rincón esperanzador del ser humano, las letras, inicia otro Somniloquio, otra "exhibición de vísceras", de la vida (una vida diaria, en un diario nocturno) y de sus "entrañas", que, curiosamente, es la última palabra de este libro. Sin embargo, el fin de algo suele ser el principio de alguien:

Círculo (polar) cerrado... Nos vemos en la siguiente página.

Mario Ornat,
Siempre nos quedará la Antártida.
Anorak Ediciones, 2017.

8.000 MENORES DE 5 AÑOS MUEREN CADA DÍA EN EL MUNDO POR CAUSAS QUE PODRÍAN EVITARSE

NO SON NÚMEROS, SON PERSONAS

#cambiasuhistoria

www.lasaludunderecho.es/cambiasuhistoria

IBERCAJA ES12 2085 9405 5803 3038 7730

medicusmundi
navarra·aragón·madrid